

se imponía, Solignac le era, sin que ella se lo confesara, cada día más querido. La rubia condesita llegaba á tener impacencias de niña mimada, cuando Solignac tardaba en presentarse en su casa. La especie de melancolía que en Solignac habia reemplazado á las caballerescas ligerezas de otros tiempos, añadía para ella un nuevo mérito á aquel heroe.

Habiendo querido el señor de Navailles, imponer á su nieta la visita de Agostino Ciampi, la condesa se vengó haciendo, durante toda una noche, delante de sus intimos, un elogio completo del coronel. La ira que Luisa experimentaba al ver que el señor de Navailles no desistía, á pesar de su formal negativa, daba á las palabras de la joven una vehemencia que se asemejaba á la pasión.

Agostino se habia puesto livido al escuchar á la condesa, y el infortunado Saint-Clair, tenia un miedo terrible de desmayarse.

—Le ama, decididamente le ama,— dijo á Ciampi,—con una espresion desgarradora.

Agostino lanzó al poetastro una terrible mirada con sus pupilas de gato. Pero aquella mirada, cosa estraña, lejos de asustar á Saint-Clair, le produjo placer.

—Mal de muchos...— pensó el «hijo de las Musas».

Para ciertas almas la desgracia de otro es un consuelo.

—¿Conque la quiere? Todo el mundo la ama entonces,—siguió pensando Frorival y suspiró de nuevo.

Era la fortuna, ya lo saben nuestros lectores, y no la belleza de Luisa, lo que amaba el marqués de Olona. Habia esperado que la voluntad expresa del señor de Navailles, reduciría á la nada la resistencia de la condesita; y todos los recursos de su inteligencia se habian dirigido á ese objeto. Viendo que su astucia parecia serle inútil, como lo habia sido su violencia, Agostino se sintió dominado por una ralia sorda.

Apenas restablecido, Solignac se hallaba de nuevo allí, amenazador y más temible que antes, puesto que ahora era amado. ¿Y quién habia dado á este amor la ocasion de aumentar? El, Agostino.

—¡Miserable de mí!—se decia—¡Soy un tonto!

Sin embargo, *fortunamente*, como él decia, la partida no estaba perdida aun. ¡Ah, si Andreina hubiese querido! ¡Todo lo tenia en sus manos aquella mujer, pudiendo asegurar á su hermano la riqueza y á si misma la venganza!

—¡Si no fueses una loca *innamorata*—la decia con una sonrisa feroz,—yo bien sé lo que te aconsejaria!

—Adivino lo que tú me aconsejarías: una infamia!

—¡Puedes hablar! ¡Como las gentes honradas se preocupan tanto de no ser infames!... ¿Come una infamia, si ó no, el hombre que te abandona por otra, y te deja el amor clavado en el corazon, como un puñal?

—Sí, Solignac es el que ocupa constantemente tu pensamiento.

—Es cierto. Le aborrezco lo bastante para no olvidarlo ni un segundo.

—Pues bien, veamos; la infamia que me propones, ¿qué nombre lleva?

—El mundo diría que se llama crimen; yo digo que se llama guerra.

—¿Y qué arma hay que emplear esta vez?—dijo Andreina, que comprendía adónde iba a parar su hermano.

—¿Por qué y para quién me pediste el veneno de Cabanis?—dijo Ciampi señalando con el dedo la sortija que la joven llevaba en la mano izquierda.

Con un movimiento instintivo y repentino, Andreina ocultó aquella sortija bajo la palma de su mano derecha, como si su hermano hubiera querido arrebatársela.

—Tu puedes acercarte á él, hablarle, vengarte, en fin—añadió el marqués hablando casi al oído de Andreina, como el genio de las malas tentaciones.

Incorporóse la joven de repente, trémula de espanto é indignacion.

—¡Veó—dijo que Solignac corre nuevos peligros!

—¡En tanto que uno de los dos viva, el otro está en peligro de muerte!—repuso Ciampi.—¡Hay odios que no se perdonan!

Andreina no replicó una palabra, pero juró que adonde quiera que fuese Agostino le seguiría. Quería conocer todos sus proyectos y burlar todas sus tentativas.

En cuanto al marqués, esperaba, seguro de

que en aquella especie de duelo con Enrique de Solignac, la suerte estaría de su lado.

La señorita de la Rigaudie quedó estupefacta al decirle una noche el coronel que iba á la Opera.

—¡A la Opera!

Y levantó los brazos al cielo.

—¿De modo que es cosa convenida... es asunto decidido... os quereis matar! ¿En ese caso, debéis decirlo. Estais condenado á llevar una vida de trapense, lo que no es muy alegre, que digamos; pero en este mundo no hay nada alegre. Y, en lugar de obedecer, sin más ni más, ¡á la Opera! ¡La Opera!... ¡Apuesto á que se trata todavía de una mujer!

—Tengo el honor de acompañar á la condesa de Farges.

—¡Pardiez!... Es muy linda la condesita. Si, si, no soy injusta, es una verdadera joya. ¡Pero la Opera!... Os ha cuidado admirablemente. Sus hermosos ojos negros reflejan la bondad, es cierto... ¡pero la Opera!

—Vamos—dijo Solignac sonriéndose,—¡eso no mata á nadie!

Y partió, vestido estrictamente á la moda, pero con el chaleco algo ancho para que no oprimiese la maldita herida; su entrada en el teatro causó verdadera sensacion.

El teatro de la Opera, edificado quince años antes bajo los auspicios de la señorita Montansier, estaba entonces situado en la calle de Richelieu, enfrente de la Biblioteca.

No tenia nada de notable en su arquitectura.

*El templo de las Musas*, como lo hubiera llamado Florival de Saint-Clair, era de mediano aspecto; una galería cubierta con pórticos, un vestibulo adornado con columnas dóricas; en el interior cuatro filas de palcos altos y una de bajos, con columnas de orden jónico y la sala circular muy elegante.

Allí era donde Lais, Chéron, Lainez, Nourrit, Roland y las señoras Maillard, Latour, Branchu y Arnaud, atraían con su voz á un público dispuesto á aplaudir con más frenesí aun, las píruetas de Vertris, de Deshayes ó de Saint-Amaud, y las gracias coreográficas de las señoras Clotilde, Pérignon ó Chévigni. Los bailarines tenían entónces una gran importancia, y las bailarinas parecían creadas expreso para celebrar con sus danzas la gloria de Napoleón.

Se representaba *Austerlitz* en bailable, y la Opera gastaba hasta 170.000 francos para celebrar, en tres actos, el *Triunfo de Trajano*, es decir, la apoteosis del emperador.

Aquella noche se ponía en escena la *Vestal*, de Spontini, letra del señor de Jony. La señora Branchu, que declaraba al principio que los recitados de Spontini eran *incantables*, nunca habia estado más bella, más inspirada, más triunfante, que en el papel de Julia, y la multitud daba la razón á la emperatriz Josefina que era la que, hasta cierto punto, habia exigido que se representase la *Vestal*.

Al terminar el primer acto se presentó Solignac en el fondo del palco de la condesa, cuya belleza juvenil y encantadora deslumbraba.

Luisa de Farges se habia hecho acompañar por una amiga de algunos años más que ella, cuyo marido mandaba una brigada en el ejército de España. La sala entera se puso á mirar y dirigir los anteojos al jefe del regimiento de Berchany, á la generala de Berruis y á la condesita, para quien el emperador nunca tenia ni ceño ni mal humor.

Solignac parecia muy molesto bajo el fuego de los anteojos.

—Estoy segura de que temeis menos el fuego de la artillería, coronel,—le dijo la señora de Berruis.

Solignac, además, sentía algo de despecho al ver á la señora de Farges mirada, analizada de aquel modo.

Nunca habia estado Luisa tan seductora. Nada tenia que temer de los millares de ojos fijos en ella. Iba escotada y sobre sus redondos hombros se esparcían, como una caricia, los rizos de sus dorados cabellos. Sus sonrisas de niña mimada, daban á sus negros ojos y á su delicada y revoltosa fisonomía, una expresión de inefable gozo.

La condesa invitó al coronel á permanecer en su palco, en el momento que principiaba el preludio del segundo acto.

Solignac experimentaba entretanto una voluptuosidad penetrante. Hallábase en la atmósfera embriagadora de otros tiempos; mujeres, perfumes, suspiros armoniosos. En aquel momento, sobre todo, sentíase unido á la vida por todo lo que la hace envidiable y querida, las

seducciones eternas del arte y el atractivo de la mujer amada.

Todo lo que sentia su corazon, al que la menor emocion podia ser fatal, Solignac lo hallaba además espresado admirablemente en aquella música de *La Vestal*, tan desgarradora y casi vertiginosa en el segundo acto. Le parecia que aquellas notas ardientes, aquellos duos apasionados, aquellos sueños de ternura, de deseo, de vida, y aquella expansion casi furiosa del amor invencible, interpretaban su propio pensamiento, sus goces interiores, sus sentimientos y sus sueños.

Miraba á Luisa en tanto que, en la escena, Licinio y Julia se embriagaban de su amor. Y mientras la generala, gran admiradora de Spontini, no veia en el duo sino las bellezas de la composicion, Solignac hallaba en el todo un mundo de amores.

Enrique hubiera querido que la condesa comprendiese que lo que Licinio decia con lábio abrasador, él tambien lo pensaba y ansiaba hacerse oír á la mujer adorada.

La música tiene eso de admirable, que traduce sin comprometer en nada, con un *raconto* dudoso ó muy apasionado, los ocultos pensamientos de los que no se atreven á hablar.

Luisa se hallaba confusa, casi molesta, mientras que el inmortal duo iba aumentando en intensidad como sucede en la pasion, y sin atreverse á mirar á Solignac, sentia, no obstante, que sus mejillas ardian. Era que las miradas de Solignac no se apartaban de ella.

«¡Te amo!» cantaba Licinio, y la expresion del amante de Julia no tenia tanta ternura como el amor de Solignac, valiéndose, para romper el silencio, los apasionados acentos de Spontini.

Luisa hubiese querido responder, decirle que le comprendia, que le amaba quizás; pero el recuerdo de Andreina la detenia, y se esforzaba en permanecer risueña y tranquila, mientras su corazon se agitaba, palpitando como el mismo duo.

Por mucha que fuese su fuerza de voluntad, la condesa no pudo menos de volverse hácia Solignac cuando Licinio decia á Julia:

«Vela alrededor de estos muros, y ten cuidado de tus dias.»

Y la Vestal respondia con ternura:

«¡No temo más que por tí!»

Luisa de Farges recordó entonces instintivamente los peligros que habia corrido Solignac; pero, segun la condesita pensaba, era sólo por compasion natural, por humanidad, y queria creer que su intencion era únicamente decir al temerario coronel:—Sed más prudente en adelante.

Solignac, sin embargo, leyó más que piedad en aquella mirada. Por un momento se figuró que Spontini traducia tambien los sentimientos de Luisa, como daba una forma armoniosa á sus sueños.

«¡Sólo por tí quiero vivir!—¡Sí, por tí sólo quiero vivir!»

Cantaban los amantes de la *Vestal* elevando

al cielo sus voces, sus quejas, sus arrebatos, su amor y sus abrazos, que hacían estremecerse á Luisa y correr un escalofrío por las venas de Solignac, mientras que la generala Berruis, más tranquila, se contentaba con encontrar una ocasión para que la señora Branchu probase que la música de Spontini no era incantable.

El *crescendo* magnífico, brillante, lleno de embriaguez, de todo este acto, que acaba con el rayo del *finale*, y el coro magestuoso y terrible de los sacerdotes fanáticos, arrebató á Solignac hasta el vértigo. Le parecía vivir una nueva vida más intensa y apasionada, y al mismo tiempo sentíase morir. Semejante sacudida lo quebrantaba, y no obstante, pálido y doliente, contemplaba con más avidez aún y como si la visión fuese á desaparecer, á Luisa de Farges, cuya emoción se revelaba en los movimientos precipitados de su abanico.

—¡Qué hermoso es esto!—exclamó al caer el telón, entre los aplausos de la sala entera.

Luisa no contestó, la angustia la ahogaba y á sus ojos asomaban las lágrimas.

Solignac inclinado hacia ella, junto á sus admirables hombros blancos y redondos, se embriagaba con el silencio de Luisa, silencio lleno de ilusiones, como el sueño.

De repente al inclinarse un poco más, distinguió una lágrima, una divina lágrima que se deslizaba por la mejilla algo pálida de la condesa, como una gota de rocío sobre la hoja de una flor.

—¿Llorais?—exclamó.

La joven trató de sonreírse.

—Adoro la música—dijo la señora de Berruis;—pero confieso, que no hasta el punto de hacerme llorar!

—¡Ah!—repuso Luisa,—es que este terrible final, amenazador, espantoso, lleno de peligros, me hacía pensar, en todo lo que encierra la vida de peligros también y asechanzas, y mientras los sacerdotes y el pueblo lanzaban sus maldiciones ó sus gritos, me ha parecido,—¿si seremos locas las mujeres?—que nos amenazaba pronto una desgracia...

—¿Cuál?—dijo Enrique.

—No lo sé—repuso Luisa, mientras que llegaba aun á sus oídos el eco de la voz de la Vestal cantando:

«¡Yo no temo más que por tí!»

Solignac trató de sonreírse, pero, por valiente que fuera, no pudo menos de estremecerse al ver enfrente de él, de pie en el fondo de un palco desocupado, á Agostino Ciampi, que le miraba fijamente.

Solignac pidió los anteojos á la señora de Berruis y, con verdadera insolencia, los fijó en el altivo rostro del marqués napolitano. Agostino sostuvo un momento la frente erguida á modo de bravata ante aquella; luego, con una especie de reto, dejando asomar á sus labios una sonrisa vengativa, desapareció.

Solignac no le volvió á ver.

En cuanto á Luisa, no había reparado en él. Soñaba.

El hermoso coronel, al salir de la Opera, con-

tinuaba también pensativo, turbado y con el alma conmovida por aquella poderosa armonía. El coche de la señora de Farges esperaba. Solignac sentía una especie de ira ó de melancolía, diciéndose que aquellas horas benditas que había vivido junto á *ella*, habían pasado muy pronto. Era preciso separarse.

La condesita iba á subir en su carruaje, cuando Florival de Saint-Clair se dirigió hacia ella excusándose de no haber ido antes á presentarle sus respetos.

—Os lo perdono, querido Saint-Clair — dijo Luisa.

—¡Pero he perdido la ocasión de ver á Venus escuchando á Euterpe, á la diosa oyendo á la Musa!

—Ya os consolareís, Saint-Clair.

—Y con quién, ¡Dios mío!

—¡Con... Cydalise!... *¡la luna rojiza!*

Se chanceaba sin reparar casi en lo que decía, porque su pensamiento estaba en otra parte.

El pobre Florival enrojeció de vergüenza ante aquel desgraciado recuerdo de una licencia poética, y queriendo recobrar su pérdida influencia con la condesita, propuso tímidamente á Luisa de Farges el detenerse un momento en Frassati, á donde se acostumbra á ir á la salida de la Opera.

—¡Bueno! — contestó Luisa. — ¡Sois de la misma opinión, baronesa?

La señora de Berruis hizo una señal de aprobación.

—¿Nos acompañais, coronel?

¡Solignac estaba encantado! De buena gana hubiese abrazado á Florival que le facilitaba el estar algunos momentos más al lado de Luisa.

El coronel y el flaco Saint-Clair, se colocaron en el coche frente á las dos señoras. Solignac sentía en sus rodillas el roce del traje de Luisa, veía los ojos negros de la condesa brillar en la oscuridad, y permanecía callado, pues era feliz.

Florival improvisaba madrigales.

Quizás Luisa experimentaba el mismo placer en no separarse tan bruscamente de Solignac.

En el amor hay algo de inconsciencia, y, para obedecer á lo que le seduce, el ser humano, sea hombre ó mujer, tiene siempre á su disposición la mejor de las razones y el más poderoso de los auxiliares: el instinto.

—Ya estamos en Frascati! — exclamó Saint-Clair al ver la iluminación exterior del café á la moda. — ¡Qué lástima que esta noche no haya concierto.

—Al contrario, tanto mejor, — repuso Luisa. — ¡Qué podríamos oír ya con gusto despues de escuchar la ópera de Spontini?

—La verdad es — dijo Saint-Clair con un movimiento de cabeza admirativo — ¡que es hermosa la música de la *Vestal!*

Y empezó á tararear el duo:

«¡Solo por tí quiero vivir!  
¡Sí, por tí sola quiero vivir!»

Luisa y Solignac se miraron instintivamente, ¡y qué locura! le parecía al coronel que la condesita se apoyaba casi trémula en él.

El cochero detuvo los caballos.

—¡La mano á las señoras!—dijo Florival con galantería,—por más que añadió:—¡las diosas tienen el derecho de descender sobre nubes á la tierra!

Luisa se apoyó para bajar en Solignac, cuyo rostro mostró de repente una espresion de sufrimiento.

—¿Qué teneis?—le preguntó la jóven.

—¡Nada!—respondió el coronel.

Acababa de sentir en el corazon como una lanzada.

—¿Quereis que no entremos?—le preguntó de nuevo.

—¡Oh! ¿cómo quereis que renuncie á lo que muchos no han conseguido en toda su vida; una hora de alegría?—repuso Solignac.

Florival le oyó é hizo un gesto de desagrado.

—Bien expresado — dijo á la señora de Berruis;— pero, os lo confieso, señora, no me gustan esos militares que nos hacen concurrencia.

—Hacédsela á ellos—respondió la generala.

Y con ironía añadió:

—¡Tomaos la revancha, caballero!

—Con qué tono tan severo me ha contestado—se dijo Florival.

Pero aun no habia andado tres pasos cuando se acordó que la señora de Berruis tenia á su marido en el ejército de la Península.

—¡Y yo lo he olvidado!

—Vam os—añadió,—¿otra imprudencia? Hablo mal de los soldados á la esposa de un guerrero. ¿Apolo es acaso un dios envidioso que no impide á sus discípulos decir tonterias tan á menudo?